

Traía mi verde canoa
blanca harina de la ciudad
y una luciérnaga en la proa
en las noches de oscuridad...

¿Y quién no disfruta con ello y aprecia su calidad insospechable?

Mientras los nuevos suelen no afanarse sino a los turbios chapaleos del inconsciente, Guzmán no teme a la nitidez ni a engolosinarse con lo sencillo. El galardón puede estimarse por el conseguimiento de versos como el terceto monorrímo:

Los brotes nuevos de la enredadera
salen a ver quién pasa por la acera.
Toca un chercán un solo de madera... (Jardín).

No hay duda: a quien se humilla, la poesía lo ensalza.

<https://doi.org/10.29393/At321-11NAMO10011>

“LA NOCHE AGÓNICA” de *Mario Ferrero*, Ediciones Marsa, 1951.

No podríamos decir qué número de veces hemos señalado la influencia nerudiana rotunda en la mayor parte de los poetas jóvenes de Chile e Hispanoamérica. Recordamos haber sugerido las modalidades del influjo en algún número de la “Revista de Educación” a propósito de la poetisa Raquel Jodorowsky. No será del caso hacer su recuento.

“La noche agónica” es nerudiana en técnica y asuntos del modo más inequívoco. Al hilo de su lectura pueden irse evocando las más grandes composiciones de “Residencia en la Tierra”. Pruebas al canto:

“Soy yo, que en el invierno me caigo de una lámpara
entre amapolas y torcidos ácidos.
Y hay esa lentitud de casa abandonada,
hay la forma del mar en una percha
y aceitunas y colas y navíos.

Oigo flotar mi muerte de madera imprecisa,
su perfil extinguido, sus cúpulas de mimbre,
los látigos azules que quema el viento largo.
Y el terror me estremece como a una sombra seca.
De nuevo soy el llanto, el espejo sin fondo lleno de ojos or-
[tados
un demonio de cera cayendo sin abismo, sin figura y sin
[dedos...”
(Floración del sonámbulo).

Entre cuerno y pestaña, golpe a golpe,
voy entrando a una sala de animales azules
tiritando de sueño y levadura.
Carcomido de siglos, cayéndome de bruces como los puñales,
azotado en la sangre por extrañas raíces silenciosas.
Oigo pasar el tiempo por una red callada.
Me persiguen borrachos de bonete amarillo
alcancías, soldados... (Los pasos Blancos).

Estoy tirado aquí sin piel, sin estatura,
Van cayendo tus labios como flor calcinada,
tus gotas de canela, tus lentos vendavales.
Sólo sé que me duele tu arena en el espejo
que estoy solo y vacío como un vino quemado... (El signo vacío).

Eras la soledad en un cubo de espanto
Salía de tu ombligo un guerrero cansado... (Los Jardines Humanos).

No hay dónde ir en esta hora verde y llena de ladridos.
Es el viento que sangra trizado en dos mitades.
Dan ganas de llorar, de morir de risa.

Dan ganas de pasar por el ojo de un ciego,
de quebrarse una pierna,
de encerrarse con llave en los trenes de carga.

(El Humo en los dedos).

En el estilo de algunos cantos de "España en el Corazón" se encuentra El Gallo Rojo:

Los he visto en los piques del carbón y el salitre,
en las plazas del mar y en la nieve guerrera.
Subían por el cobre cantando sus clarines,
sangraba el corazón una inmensa bandera.

Sin embargo sus lágrimas eran bloques de piedra,
enarcaban las cejas
y a la luz del futuro construían su casa
con manzanas y tejas, etc., etc.

¿Quién dejará de reconocer las fobias y los entusiasmos del autor del "Canto General de América"? ¿Su versolibrismo sinuoso, su énfasis, su participial adjetivación, sus imperfectivos gerundios, su acuidad perceptiva revelada en sinestesias o transferencias de sensaciones profusas, sus paradojas existenciales para enraizar la presencia negativa del vacío, la nada o la muerte, o bien la altilocuencia opaca, que procura profundidad estética a la intención social del discurso?

Y tantas otras consideraciones que huelgan.

Entre lo más personal de Mario Ferrero está "Viaje con una lámpara". Sabio título, que conviene a casi todos los vates de las promociones nuevas, de las hornadas postnerudianas. Necesitan alumbrar el

camino, restituirse humildemente a la normalidad, donde el misterio habita intocado; y necesitan preservarse del abismo que los atrae en el maestro.

“La noche agónica” es el libro de un discípulo incondicional, hasta en la administración de las preposiciones y los galicismos. No se trata de ese parentesco entre coetáneos de pluma que hace posible establecimientos de escuelas y perfiles generacionales. No. Ferrero es autor de inmoderada capacidad; le enhechizaron las voces decadentes cuando constituyó con otros poetas el grupo del “Zócalo de las Brujas”, porque son esos los acentos distinguidos en la corruptela intelectualista y manierista de toda civilización.

Es hora que su vigilancia recapacite.

“CREADORA INFINITA”, de *María Gloria Willskaw*, Casa Nacional del Niño, 1951.

Aunque no participamos del optimismo de la denominación, este librito ofrece uno que otro aspecto más o menos comfortable. Por ejemplo, en las primeras líneas dispuestas en forma de versos, la autora hace profesión de la femineidad que apetece, ateniéndose en ella a todas las formas biológicas necesarias desde la juventud a la vejez, y a las vicisitudes a que se sujeta todo destino:

“Sólo quiero ser mujer—. Mujer que nace—mujer que es niña—mujer que es joven—mujer que ríe—mujer que llora—mujer que espera—mujer que encuentra—mujer que ama—mujer casada—mujer que cría—mujer madura—mujer abuela—mujer que muere—mujer recuerdo—mujer cenizas—mujer olvido...”

Cada uno de estos avatares o transformaciones originan un poema.

Se caracterizan por la ausencia de emotividad y el prosaísmo. No obstante, algo se adivina, algo pugna por trascender. Desde lue-